





























—Recuerda que no es una promesa, pero ya veré qué puedo hacer.

Los ojos del chico se llenaron de lágrimas provocando la misma reacción en los ojos del padre, que rodeó a su hijo entre los brazos. «Por favor, Dios —rogó Alex en silencio—, haz que sea así. No haré nada malo».

Clem sujetó a su hijo con los brazos extendidos, con las manos sobre sus hombros.

—Vale, haré lo que pueda, pero tienes que portarte bien aquí. No les des problemas. Tengo que trabajar fuera de la ciudad esta semana pero vendré a verte el próximo domingo.

—¿Me lo prometes, papá?

—Te lo prometo. Puedes ir a montar a caballo en el parque Griffith si quieres.

—¡Sí!

—He hablado con el director. Es un buen hombre y me ha dicho que la encargada de la residencia, la señora Cavendish, es también una buena persona. Demuéstrame que puedes no meterte en líos para poder dejarte solo mientras yo estoy trabajando.

Le dio un golpecito en el brazo con el puño cerrado.

Alex asintió rápidamente, con entusiasmo.

—Tendrás que pedir perdón por haberle causado tantos problemas a esa señora. Después, nos encargaremos de instalarte.

El entusiasmo desapareció de los ojos del chico. De repente, se sentía avergonzado por lo que había hecho y molesto al darse cuenta de la realidad del momento: su padre se marcharía mientras que él tenía que quedarse.